

MANUEL RAMÍREZ

España al desnudo  
(1931-2007)



ENCUENTRO

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	7
I. POR QUÉ Y PARA QUÉ .....	17
II. ESPAÑA EN SUS OCASIONES PERDIDAS .....	38
III. CARA Y CRUZ DE LA SEGUNDA REPÚBLICA .....	70
IV. DICIEMBRE DE 1931: UNA CONSTITUCIÓN NO INTEGRADORA .....	103
V. EL FRANQUISMO Y LA MENTALIDAD HEREDADA .....	133
VI. LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA: DEL ENTUSIASMO A LA DESILUSIÓN .....	158
VII. LA SOCIEDAD QUE PADECEMOS .....	192

## PRESENTACIÓN

1

Interpreten estas líneas como prefieran, pero por favor no las consideren prólogo; después de leer lo que el autor piensa de tal género literario entenderán por qué.

Le conocí hace ya no pocos años, en vísperas del mítico 68. Mientras el mundo occidental sometía a revisión sus valores, consolidados tras la Guerra Mundial, España vivía ese mismo proceso con su peculiar problema pendiente a cuestas. No dejaba de resultar paradójico contribuir a poner en solfa las libertades democráticas, tachadas de *formales*, cuando aquí la espera de su logro llevaba demasiado tiempo ya fuera de cuenta. De ahí que los eurocomunismos y las propuestas de *uso alternativo del derecho* tuvieran entre nosotros mayor eco práctico, aunque se compartiera ritualmente el culto a los Marcuse o Althusser. Parecía lógico aprovechar cualquier resquicio para disfrutar de parciales libertades; tiempo habría luego para *superarlas*.

La Universidad se sentía depositaria y responsable de un reducito de libertad que había de esforzarse por sacar a la calle. La de Granada, en concreto, reunía por entonces en su Facultad de Derecho a un grupo de catedráticos de merecido prestigio. Marchado Sánchez Agesta, contaba aún con Rafael Gibert, José María Stampa (plenamente dedicado a lo académico) o Juan

Antonio Carrillo Salcedo o Miguel Motos, entre otros, y recuperaría pronto a Nicolás María López Calera y José Antonio Sáinz Cantero. Con todo, quien le daba una peculiar impronta, pese a su notoria renuncia a todo exhibicionismo y su consolidada vocación de antihéroe, era sin duda Francisco Murillo Ferrol.

Recién llegado, estrenando licenciatura, quien atrajo sin embargo mi atención no fue un catedrático. No existía aún el cuerpo de Profesores Adjuntos. Los así llamados habían realizado un concurso público, con o sin competidor, cuya superación les brindaba la posibilidad de ejercer tareas académicas de cierto alcance durante cuatro años, prorrogables por otros tantos. Lo llamativo de Manuel Ramírez, Manolo para los amigos, era su autoridad académica, muy superior a la de muchos catedráticos de la casa. Contribuían a demostrarlo, sin gran entusiasmo de los preteridos, una figura muy característica de aquella Universidad: los Colegios Mayores. Hasta una docena, en su mayoría de iniciativa social, casi todos ellos confesionales, competían en la organización de actividades culturales que justificaran su labor. La supremacía del profesor Ramírez en el *ranking* de invitados acababa resultando elocuentemente, y para más de uno enojosamente, aplastante.

Manolo Ramírez dejaba traslucir una veta inequívocamente *gine-riana*. Me fue muy fácil identificarla, porque el objeto de mi naciente tesis doctoral era un jiennense, que, antes de ser catedrático de Metafísica en la Central y académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, figuró como Giner de los Ríos entre los residentes del venerable Colegio Mayor de San Bartolomé y Santiago, confianzudamente conocido por los universitarios granadinos como «el Bartolo». La tesis me llevó a familiarizarme con lo poco que por entonces se había escrito sobre la Institución Libre de Enseñanza. El autor sobre la que versaba llegó a convertirse en el principal debelador de sus orígenes krausistas, poniendo en la picota ya desde Granada el legendario discurso inaugural de Julián Sanz del Río.

Lo poco escrito era la aportación del hispanista de turno, Ivonne Turin en este caso, y los libros de Vicente Cacho Viu y María Dolores Gómez Molleda, a los que pronto se uniría el de Juan José Gil Cremades; porque en España no sólo es tradicional que la historia no la hagan los que se empeñan luego en presumir de haberla hecho, sino que ni siquiera son los primeros en escribir-la los que acaban erigiéndose en sus gratuitos albaceas.

Cuando hablo de la veta gineriana de Ramírez dejo entrever mi convicción de que el mundo institucionista, como casi todo en esta España que el autor nos desviste, estaba movido por dos almas bien distintas. La del mensaje de Giner, rebotante de sensato afán regeneracionista, y la de los que, más *krausistas*, reafirmaban su identidad progresista a través de la férrea exclusión de los *otros* de turno, tan propia de epígonos con inevitable deriva sectaria. Nuestro estudioso de la República enlazaba con la primera.

Nada tiene pues de extraño que entre sus ocupaciones cobrara particular protagonismo el trabajo de seminario, en el sentido más literal del término. El profesor Ramírez sembraba, a la sombra de Murillo Ferrol, inquietudes académicas y sociales en sus alumnos de los dos primeros cursos, continuando luego con ellos ese trabajo en común a lo largo de la carrera. Tanto la Facultad como el público Colegio Mayor de (Nuestra Señora de) la Victoria, donde residía, eran continuo escenario de ese riguroso y fecundo trabajo. Lo adobaba con un tono socarrón, que aparece aún —como si se hubiera parado el reloj— en estas páginas. Parece como si estuviéramos aún en aquella época en la que el afán de información obligaba a leer entre líneas, o las propuestas de ruptura invitaban a conformarse con una ironía proclive al juego de palabras; al menos, a los que no se consideraban en condiciones de sumergirse en la protesta callejera.

Fruto de mi ya confesada admiración por su labor fue la propuesta, por él de inmediato asumida, de organizar unas Jornadas en